

Conquista de las escaleras

Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán... Irán de poder en poder; verán a Dios en Sion.

Salmo 84:4,7

El año 2004 no solo trajo nuevas experiencias y retos sino también sorpresas. Inicé un nuevo proceso en mi terapia. La licenciada me dijo que para poder continuar con mis estudios, entrar a una universidad, tenía que tener más agilidad en mis manos. El nuevo reto era tratar de subir escaleras.

Me llevó en la silla de ruedas hasta las escaleras del hospital que llegaban al segundo piso. Me dijo:

–La meta este año, Nadhy, es llegar al segundo piso con tus propias fuerzas.

Yo veía esas escaleras como un gran gigante, y le pregunté:

–¿Cómo voy a llegar hasta allá si apenas puedo levantarme?

Ella me contestó que era un proceso, que lo iba a lograr. La miré y le dije:

–Sí, mi general, lo voy a lograr.

Por otro lado, veía la cantidad de escalones y me preguntaba: “Dios mío, ¿cuándo llegaré al segundo piso si me cuesta moverme? Esto es un nuevo reto para mí.”

Le pregunté a la licenciada:

–Dígame, ¿cuándo iniciamos el tratar de subir esa montaña?

Se rió y me dijo:

–Esa montaña la empezamos a subir hoy, así que muévete, vamos para arriba.

Había una enfermera que se acercaba y me decía: “Ahora mismo vamos a hacer un maratón. Tú vas a correr conmigo. Así que, ¡preparate!” Me animaba siempre.

Ese día la licenciada me ayudó a levantarme y me dijo que intentara subir un pie al escalón. No tenía fuerzas para subir el pie y perdí el equilibrio. Con la mano que podía mover me agarraba de la baranda de la escalera, pero no podía sostener mi cuerpo para subir al primer escalón. Después de varios intentos, lograba subir un poco el pie, pero no del todo; me costaba demasiado. Miraba lo distante que estaba la meta, y pensaba: “*Tengo que luchar para llegar arriba.*”

Ese día llegué a mi casa súper agotada, y decía: “Dios mío, no puedo creer que no pueda subir un escalón; pero voy luchar por llegar arriba. ¡No me voy a dejar caer!” La última vez que había subido una escalera, lo había hecho corriendo. Me dieron muchas ganas de llorar al recordarlo, porque esta parte del proceso era un poco difícil para mí. ¡Tenía que vencer ese obstáculo!

Me esforzaba por conquistar esas escaleras en la terapia, hasta que llegó un día en que logré subir un pie a un escalón. Me costó semanas lograrlo. Sudé mucho tratando de coordinar los movimientos para subir mi pie. Después de dos horas de intento, lo hice. Fue un gran logro para mí. Pasaron los meses y cada día progresaba un poquito más hasta que pude subir con mis propias fuerzas el primer escalón de ese gran gigante.

Mi terapeuta me decía: “Lo vas a lograr; tenemos que llegar al segundo piso.” Era muy estricta y yo siempre le respondía: “Sí, mi general.” Muchas personas se detenían a ver cómo yo trataba de subir. Algunas lloraban al verme; pero yo daba mi mejor cara y sonreía, aunque muchas veces lloré por sentimientos de frustración, pero sin dejar que eso me desanimara ni me quitara las ganas de seguir adelante.

Llegó un momento que logré subir no sólo un escalón, sino dos. Cada vez que pasaba el tiempo, en constante lucha por avanzar, lograba un escalón más, hasta que llegó el día en que llegué al segundo piso.

Después de un largo proceso, y casi un año de lucha para llegar al segundo piso del hospital, recuerdo que vi las escaleras y, muy sonriente, dije: “Hola, mis amigos. Aquí estoy de nuevo. Hoy pienso llegar hasta el segundo piso aunque me canse.” Comencé a subir, escalón por escalón, no

con la agilidad que quería, pero con la licenciada a mi lado que me decía: “Vamos, que hoy llegamos arriba.” El sudor corría como si estuviera en un gimnasio. Cuando llegaba a cierto lugar, me dejaba descansar, y luego seguíamos en la lucha. Cada escalón representaba un logro, un avance. Sólo faltaban cuatro escalones para llegar arriba, ya mis fuerzas no me daban más, pero la licenciada me animaba y me decía: “Dale, hija, tú puedes, lo vamos a lograr. Esta fue la meta que nos pusimos este año. Tú vas a salir de esto, estoy luchando contigo.” Fue con su ayuda que llegué al segundo piso.

Me encontraba tan agotada que no podía ni respirar. La licenciada me dio un abrazo. Miré hacia abajo y le dije:

–Recuerdo la primera vez que lo intenté, y miré estas escaleras como un gigante, una montaña que tenía que subir. Hoy estoy arriba. No importa si no di tan bien los pasos. ¡Estoy arriba! ¡Lo logré!

Para mí era un logro muy grande. Las personas que me veían comentaban de mi fe, de mis deseos de seguir adelante.

Después de descansar, me dijo la licenciada:

–Bueno, hija, después subirás y le darás la vuelta a este piso para que lo conozcas; pero con tus propias fuerzas.

Casi sin aire le pregunté:

–¿Por dónde voy a bajar? ¿Cómo lo voy a hacer?

Ella se rió y me dijo:

–¿Qué crees? Vas a bajar por donde subiste. No te voy a cargar; sólo te voy a dar la mano para ayudarte.

Inicié mi travesía de regreso; me llevó casi una hora para bajar. Estaba súper agotada, con un dolor terrible, pero contenta por lo que había logrado. Ese día llegué a mi casa a dormir hasta el día siguiente, en que me levantaría con nuevas esperanzas y fuerzas para continuar.

Querido lector:

En mi vida estaba aprendiendo muchas cosas. Estar en una silla de ruedas no era impedimento para seguir adelante; sabía que no podía rendirme en ningún momento, tenía que luchar hasta el final. No puedo negar que, como joven, me entristecía muchas veces ya que anhelaba volver a hacer tantas cosas, pero confiaba y no permitía que nada borrara la sonrisa de mi rostro. Mi sueño era volver a estar de pie.

Me imagino que en alguna forma has experimentado alguna sensación similar, en la que intentas algo, tratas de ponerte de pie ante ese problema, y caes y fracasas, las puertas se te cierran y piensas que no hay una solución para ti. ¿Qué actitud tomas? ¿Te quedas allí derrotado, o intentas levantarte?

En mi caso podía darme cuenta de que no valía la pena desesperarse, no ganaba nada con eso, la situación no iba a mejorar así. Tenía que llenarme de valor y seguir intentándolo.

Hermano y amigo, declara victoria en tu vida. Haz un alto y di en alta voz: *“Señor, declaro victoria sobre mi vida. Toma control de toda situación, dame las fuerzas necesarias para seguir adelante. Estoy confiado porque tú vas a mi lado, nunca me has dejado. Gracias, Señor.”*

Levántate cada mañana y repite esa frase. Mira a tu alrededor antes de realizar cualquier cosa y dale gracias a Dios. Pide que Él tome el control de tu vida, que este nuevo día que Él te permite sea de bendición para ti y para tu prójimo.

¿Quieres experimentar la vida abundante que Jesús prometió en Juan 10:10? La Biblia dice que el hombre es tal como piensa o cree en su corazón (Proverbios 23:7). Si crees que eres vencedor en Cristo, entonces actuarás como vencedor y llegarás a ser como tal. Puedes tener victoria en cada área de tu vida. Cuando tus pensamientos están llenos de victoria, tus acciones y experiencias estarán llenas de victoria, ¡para la gloria de Dios!

Estudios universitarios

Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.

Jeremías 29:11

La conquista de las escaleras me enseñó a luchar. Como esas escaleras, es nuestra vida. Muchas veces se presentan gigantes en nuestro camino, grandes montañas que escalar. Entonces tenemos que poner en práctica nuestra fe. Dios permite que sucedan cosas para que crezcamos en la fe.

Yo le decía al Señor: “Utilízame aun así como me encuentro, permíteme ser de bendición a otros.” En una ocasión me invitaron a una universidad a hablarle a un grupo de unos treinta jóvenes acerca de mi experiencia. Ese día Dios puso palabras en mi boca, me estaba preparando para lo que venía. Al final de ese día se me acercaron dos jóvenes, y uno me dijo: “Soy ateo, no creo en Dios; pero al escucharte, algo cambió. Tu testimonio ha tocado mi vida. Gracias porque lo que dijiste es muy cierto; nunca te voy a olvidar.” Luego se me acercó otro joven y me dijo: “Gracias. ¿Sabes una cosa? Me iba a suicidar, quería quitarme la vida. Lo había pensado; pero al escucharte, y ver tus ganas de vivir, de seguir adelante, y al ver esa fe que tienes de que vas a levantarte por completo, me he sentido conmovido. Gracias porque Dios te puso aquí hoy para que no cometiera una locura.” Así todos fueron tocados de alguna manera. Esto sólo era el comienzo de lo que vendría, muchas vidas seguirían siendo tocadas. Muchos estaban cambiando a raíz de mi situación.

Debido a mi impedimento físico me enfrenté a muchas barreras, obstáculos que se alzaban en mi camino; pero sabía que tenía que

vencer. En muchos lugares se me cerraron las puertas sólo por tener un impedimento. Se fijaban en lo externo no en el potencial que podía tener como persona; pero era necesario que atravesara por cada una de estas etapas.

En una ocasión me dijo la terapeuta: “Nadhy, quiero que continúes con tus estudios. Tú puedes alcanzar esos sueños si te lo propones. Averigua en una universidad para que esta etapa de tu vida siga adelante también.”

Quería seguir adelante, continuar con mis estudios. Me animé, quería asistir a una universidad y estudiar algo relacionado con la ciencia. Fui con mi padre a una que tenía algunas facilidades para quienes estuvieran confinados a una silla de ruedas. Fui para que vieran mi condición. Me entrevistó el decano de esa facultad y me aceptaron de principio. Me hicieron una entrevista psicológica y me dijeron que no había problemas.

Pero después, antes de entrar a clases, llamaron y le dijeron a mi padre que no me podían aceptar debido a mi condición física. Ese mismo año hice algunos intentos de entrar en otros lugares, pero en ninguno me aceptaron. Sólo Dios podía hacer realidad mi sueño de continuar mis estudios.

Me sentí mal por estos desprecios. Mi limitación era física y me sentía con capacidad para desarrollarme, para vencer una carrera y seguir adelante.

En un nuevo intento, me abrieron las puertas a una universidad e ingresé para estudiar arquitectura. Era todo un reto para mí, ya que utilizaba un apoyo para caminar y un brazo con el que no tenía coordinación; pero quería seguir adelante sin detenerme en esos impedimentos.

La licenciada me dio el alta y me animó a continuar. Yo le prometí regresar caminando para saludarla, como si nada hubiera ocurrido.

Llegó el primer día de clases en la universidad. Me iba a enfrentar a algo difícil. Mi padre me llevó y me ayudó a subir unos escalones con mi apoyo. Entonces le dije: “Déjeme aquí, yo quiero llegar sola.” Nunca olvidaré el rostro del profesor cuando por fin logré llegar al aula y entrar. Casi me caigo. Era una clase de dibujo técnico. El profesor me miró de arriba a abajo, y me dijo:

–Joven, estás en el lugar equivocado. En esta clase necesitas tus dos manos. No vas a pasar este curso.

–No se fije en mi impedimento –le respondí–. Tengo la capacidad para lograrlo. Tal vez no sea tan rápida, pero usted se va a sorprender.

El profesor se rió y me dijo:

–Eso lo quiero ver.

Ese día, cuando salí del aula, me senté en un sillón y oré al Señor. “Toma el control de mi vida –le dije–. Quiero seguir adelante. Si quieres que esté aquí, dame las fuerzas necesarias para seguir adelante.”

Utilizaba la mano izquierda para dibujar y escribir. Toda la vida había sido derecha, pero tuve que aprender a usar la otra mano. Fue algo difícil, pero no imposible.

Al día siguiente me llené de valor y comencé a luchar para conseguir trazar las líneas. Tenía que hacer muchos intentos, pero no me rendía. El profesor se me acercaba, se ponía a verme, y sonreía.

Me agotaba mucho pero no quería darme por vencida. Entraba a las nueve de la mañana y salía a las cinco de la tarde. Al terminar esa clase, logré realizar el proyecto final y aprobar la materia. El profesor dijo: “Me sorprendiste. Fue muy difícil para ti, pero no te importó lo que te dije. Perdóname por juzgarte por tu condición. Me has dado una gran lección. Nunca te voy a olvidar.”

En una oportunidad un profesor dijo que teníamos que ir a dibujar una catedral que quedaba algo lejos de la universidad. Fuimos con el profesor. Me llevaron en la silla de ruedas y allí estuvimos dibujando. Me costaba mucho trabajo trazar las líneas, pero le pedí ayuda al Señor para usar mi brazo izquierdo y que tomara el control de cada cosa que hiciera.

La clase terminó a eso de las doce y treinta del mediodía. Al regresar, le pedí a unos compañeros que me dejaran en la universidad. Me bajaron la silla de ruedas y el apoyo en una avenida de cuatro vías para que tomara un taxi de regreso a la universidad. Por un momento me sentí un poco mal. Comenzó a llover. Sólo le decía al Señor: “*Ayúdame.*” Un taxi se detuvo y me llevó hasta la universidad.

Cada día para mí era un reto. Para entrar a la universidad había cuatro escalones que no podía subir sola, y unas puertas que no podía abrir. Me tenían que ayudar. Me faltaban las fuerzas. Hubo personas que me ayudaban y que no podré olvidar, pero otras pasaban por mi lado sin darme una mano.

Logré finalizar el primer semestre de este año con excelentes calificaciones. Estaba realizando un esfuerzo grandísimo a pesar de mi impedimento. No podía quedarme callada e ignorar de dónde me había sacado Dios, y cada día el Señor ponía a alguien en mi camino a quien hablarle.

Tiempo después ingresé en otra universidad para estudiar medicina, pidiéndole al Señor que me permitiera ayudar a muchas personas, diciéndoles que Dios tiene la última palabra, que Él es el dueño de nuestra vida. Muchos de los médicos me habían dicho: “Lo siento, lo tuyo no tiene cura. No te vas a levantar.” A varios de ellos les ha tocado darme clase, y me han dicho: “No podemos creer que ahora seas nuestra estudiante. Reconocemos que Dios te levantó, ya que la ciencia médica había llegado a un límite en tu caso.”

En una ocasión tuve un profesor que siempre me decía: “Te conozco de algún lado”, y yo le respondía: “No recuerdo de dónde”. Al fin, un día me dijo: “Ya sé de dónde te conozco –y con lágrimas en los ojos continuó–: Fui tu médico. Cuando estabas en coma, te atendí. Recuerdo la última vez que te vi. Me senté a tu lado y me dije: ‘¡Qué lástima que esta joven haya quedado así! No volveré a verla.’ Me despedí y dije: ‘A ella le queda poco tiempo de vida.’”

Llorando, él me decía: “No puedo creer que ahora estés aquí. Esto es un milagro. Reconozco que Dios te levantó. Desde hoy en adelante le diré a cada persona que atienda que Dios tiene la última palabra.”

Querido lector:

Los planes de Dios para ti son buenos, no importa lo que haya pasado en tu vida. ¡Sus planes siempre van a ser para tu bien! Dios puede tomar tu tragedia y volverla en triunfo. Deja ir el pasado, busca el plan de Dios y desarrolla la visión de victoria para tu vida. Pon a Él sobre todas las cosas. Empezarás a ver cambios significativos en tu vida.

Despierta cada día sabiendo hacia dónde vas, qué dirección estás tomando, y lo que vas a lograr. ¡Y entonces, quédate con Él! No permitas que las distracciones y los quehaceres de la vida te desvíen de tu curso.

Tú puedes lograr muchas cosas. Muchas veces pensamos que no somos capaces de realizar ciertas tareas, pero, amigo, tú eres capaz y, ¿sabes?, Dios te tiene aquí con un propósito, Él te ama. Recuerda que los planes de Dios para ti son de bendición. A veces es necesario que atravesemos por ciertos

momentos de dolor para que ocurran cambios. Dios es con nosotros como el alfarero que moldea la vasija de barro hasta que sea perfecta. Estamos aquí con un propósito.

Querido hermano y amigo, que de tus labios salga bendición. Lléname de palabras positivas, palabras de fe, y declara cada día lo que Dios dice en Filipense 4:13: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.”* Este es un versículo que he llevado conmigo toda mi vida. Medita en estas frases, es una promesa que Dios nos da. No importa cuán mal te sientas, Dios promete darte las fuerzas necesarias para continuar adelante. ¡Él tiene pensamientos de paz para ti!

Apoyo de mi familia

Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.

Gálatas 6:2

Mi familia me apoyaba en todo momento. Admiro a mis padres por su valentía. Ellos servían a Dios con todo su corazón. Mi madre me animaba cada día, aunque tenía sus propias pruebas. Aunque ella se encontraba en una silla de ruedas, era como si no lo estuviera, porque el ánimo que siempre ha tenido es el de una persona victoriosa.

Mi madre es un ejemplo de valentía. Mi hermana y yo siempre la vimos como si estuviera de pie. Lo que no podía realizar con las piernas lo hacía con las manos. Es alguien a quien admiramos y respetamos mucho. Para ella era un poco difícil todo lo que me estaba pasando. Quería ayudarme mucho más de lo que su condición le permitía; pero me animaba con su sonrisa y apoyo. Siempre se salía con un chiste o con un comentario que me hacía reír.

Mi padre también me animaba. Me decía: “Lo vas a lograr. Seguimos confiando y orando, hija, porque lo que Dios va hacer es algo grande.” Mi padre es una gran persona, valiente y digno de admirar. Cuando mi madre enfermó, mantuvo una correcta actitud y se aferró más a Dios, con el deseo de agradecerle en todo. Cuando sucedió lo mío, mantuvo la fe en que Dios nos sacaría adelante como familia. Él es arquitecto de profesión, pero lo dejó todo por servir a Dios e ir en busca de las almas perdidas.

Nos dedicamos de lleno al ministerio que Dios había puesto en nuestras manos. Nuestra oración al Señor era que cada persona que visitara nuestro

ministerio fuera cambiada, tocada por Él, para que cuando saliera de allí no fuera la misma persona. Como familia teníamos el privilegio de servirle, y muchas personas estaban conociendo al Señor. En la medida en que seguíamos siendo obedientes, las cosas empezaron a cambiar.

Un domingo, cuando nos dirigíamos a la iglesia, mi padre sube la silla de ruedas al auto y yo le digo: “Espera, sube mi andador. Hoy quiero llegar hasta mi puesto por mis propias fuerzas. No importa cuánto me demore.” Ese día llegamos a las nueve de la mañana. Mi padre me subió en la silla de ruedas por la rampa y me puso en la entrada. Allí me dijo: “Dale, hija, hasta donde puedas.” Le pidió a mi tía Teresa que se pusiera a mi lado por si fuera necesario. Me levanté como pude y empecé a dar mis pasos poco a poco. Quería sentarme en la primera silla.

Después de hora y media, llegué a la primera silla para escuchar el culto de ese día. Le di gracias a Dios porque me permitió llegar con mis propias fuerzas. Me encontraba algo cansada, pero feliz. Esa fue una experiencia que de cierta manera marcó mi vida.

Yo no dejaba de soñar con que estaría nuevamente de pie. Muchos decían que no me iba a recuperar. Otros mostraban su respeto por la licenciada que me atendía, reconociendo que el caso era muy complicado. Pero Dios es especialista en imposibles.

Ya había experimentado muchas bendiciones. Podía levantarme sin importar la dificultad, aunque a veces me demoraba casi media hora para ponerme de pie con mis propias fuerzas. Me era difícil coordinar mis movimientos, y cuando lo lograba, era algo muy grande. Daba mis pasos con ayuda de un andador. Me costaba trabajo levantarme, ya que mi brazo derecho no reaccionaba del todo.

Un ejercicio que a veces me desesperaba un poco era armar rompecabezas. Lo hacía para mejorar la coordinación en mis manos. De niña era mi juego favorito; recuerdo que armaba uno de mil piezas. Hacía mi ejercicio con un rompecabezas de piezas muy grandes. Me entristecía a veces al ver cuánto me costaba acomodar una sola pieza, pensando en la agilidad que tenía años atrás. Eran muchos los intentos que realizaba hasta poder conseguirlo. En esos momentos pensaba: “Nadhy, tienes dos opciones: desesperarte, rendirte, y no intentarlo más, o confiar en Dios, quien te ha traído hasta aquí. Esto es poca cosa comparado con lo que te ha tocado pasar.” Tenía que seguir poniendo de mi parte para progresar en mi recuperación.

Estaba por terminar el año 2004 con todos sus retos. Esas navidades las pasé en compañía de mis amigos y mi familia. Conversamos en la sala de mi casa y recordamos todas las cosas que habían sucedido. Yo les decía: “Aquí va otro año; el siguiente tiene que ser diferente.” Cada nuevo año decía que en ese año me iba a recuperar del todo. Dije por fe que en el 2005 todo iba a cambiar. Lo declaré y le pedí al Señor que me restaurara por completo.

Sonriendo, dije: “Señor, ya aprendí la lección. Sigo esperando en ti. Gracias por cada bendición, por cada logro que me has permitido alcanzar.” También oré: “Señor, dale completa movilidad a mi brazo derecho. En esta fecha, el año siguiente, quisiera estar tocando mi guitarra, y estar levantada como si nada hubiera ocurrido. Sólo tú puedes cambiar la situación por completo.”

Querido lector:

Nada sucede por casualidad, no hay casualidades. Todo lo que ocurre en nuestra vida es con un propósito, un plan que Dios tiene preparado. La vida es corta, y es tiempo de que comencemos a influir positivamente en la vida de los demás. Esta semana, y en los siguientes días, dedica tiempo a contarle a alguien lo que Dios ha hecho en tu vida y lo que hará. Transmítele esa paz, esa actitud de victoria. Ayuda a otros a seguir adelante. Dale la mano al que está a punto de caer.

No permitas que el desánimo destruya tu vida. Echa fuera de tu corazón toda tristeza, amargura y rencor, y pídele a Dios que quite de tu vida todo estorbo. Anímate y sigue adelante, no con los brazos caídos, sino como victorioso, como alguien que va de victoria en victoria, de logro en logro, alguien que si se cae, se vuelve a levantar y confía en Dios.

La adversidad llega de diversas maneras: la pérdida de un trabajo, una enfermedad repentina, puertas que se cierran de la noche a la mañana. El primero que va a querer actuar es nuestro enemigo el desánimo, pero no debemos darle lugar. A nadie le gusta atravesar estos momentos de prueba, pero para poder llevar a cabo el proyecto que Dios tiene para nosotros, es necesario pasar por esa etapa. Cuando la pasemos, entonces tendremos la preparación necesaria para realizar el trabajo al cual se nos ha llamado.

Pon en práctica la oración de Jabes:

*“¡Oh, si me dieras bendición, y ensancharas mi territorio,
y si tu mano estuviera conmigo, y me libraras de mal,
para que no me dañe!” (1 Crónicas 4:10).*

Jabes le pidió con todo su corazón a Dios que le ensanchara su territorio, y fue un hombre victorioso. Dios quiere utilizarte en medio de la adversidad, quiere bendecirte. Los planes que Dios tiene para tu vida son mucho mejores de lo que tú puedas tener, sobrepasan tus expectativas. ¡Dios te bendecirá a ti y a tu familia!

Viaje a Puerto Rico

*Encomienda a Jehová tus obras,
y tus pensamientos serán afirmados.*

Proverbios 16:3

Nunca olvidaré el día que cumplí mis veintiún años. Me hicieron una fiesta sorpresa, a la que asistió casi todo el personal del hospital donde me estaban atendiendo. También estuvieron presentes los que me habían conocido en ese lugar, además de mi familia y los hermanos de la iglesia.

Para mí era un gran regalo ver de dónde Dios me había sacado. Aunque con dificultad, podía ponerme de pie. Era maravilloso ver mis piernas en su posición correcta (aunque en una tenía que utilizar un aparato para que no se virara). Estaba muy agradecida por el cariño de mi terapeuta, a pesar de lo difícil de mi caso, y el apoyo de otras personas, como el doctor Enzo, quien en el peor momento llegaba a mi casa solamente para hacerme reír.

Tenía por delante un nuevo año, que traería situaciones que afectarían tanto mi vida como la de otras personas a quienes Dios me permitiría conocer. Ese año sucedieron muchas cosas. Una de ellas fue que en julio, al salir de vacaciones de la universidad, tuve la oportunidad de viajar a Puerto Rico. Un año antes había conocido a Débora y Gisela Vargas, dos jóvenes que sirven al Señor con todo su corazón. Ellas se convirtieron en mis amigas y hermanas en Cristo.

Su padre es pastor, y toda la familia sirve a Dios. Gracias al Señor pude conocerlas y dar inicio a una amistad entre ambas familias. Me invitaron para que visitara su hogar y su iglesia, para compartir lo que Dios estaba realizando en mi vida. Yo todavía necesitaba la silla de

ruedas para recorrer distancias largas. Usaba un bastón de cuatro puntos para apoyarme y continuaba con mi problema en el brazo. A ellos no les importó la condición en que me encontraba; me recibieron en su hogar a pesar de mi situación física. Y lo hicieron como si me conocieran de toda la vida.

Débora y Gisela me estaban esperando. Lo primero que descubrí al llegar a su casa fueron dos tramos de escaleras para entrar. Me preguntaba qué hacer. Débora y Gisela se brindaron para ayudarme. Al entrar, me senté en una silla y les hablé de mi testimonio y de lo que Dios iba a realizar en mi vida. Sé que fue emocionante para esa familia. También fue de bendición para mí poder hablar con ellos.

Le pedí a Dios que me utilizara, y que tocara sus vidas de manera especial. Allí, en ese hogar, después de varias noches de oración y alabanza con mis hermanas, Dios hizo un milagro en mí. Después de siete años sin poder mover bien mi pierna, ésta reaccionó, y también a mi brazo le empezó a regresar la fuerza. Fue algo impresionante para esta familia.

Dios tiene propósitos en todo momento. Creo que les permitió ver esto por la fidelidad con que le sirven, para que crecieran más y se dieran cuenta de que aun hoy suceden milagros, que la oración es un arma poderosa que tenemos a nuestro favor. Ellos fueron de mucha bendición a mi vida. Seguimos comunicándonos y mantenemos una bonita amistad entre familias.

Querido lector:

No dejes ir tus bendiciones. Empieza a ver la vida con los ojos de la fe. Dios te ayudará a enfrentar las grandes montañas en tu camino. No podrán vencerte. Lléname de confianza plena en que las cosas cambiarán. Estás cimentado en la roca que es Cristo, nuestro Señor. Te aseguro que tendrás todo a tu favor.

Toma a pecho el consejo del rey Salomón: "Encomienda a Jehová tus obras, y tus pensamientos serán afirmados." Nada podrás lograr en esta vida si no encomiendas tus planes y proyectos a Dios. Él quiere que te esfuerces y luches, pero junto a Él, poniendo en sus manos tu vida, confiando plenamente en su poder.

Tienes que conformar tus planes a los propósitos de Dios y mantenerte enfocado para cumplir ese plan. Cada día, al despertarte, piensa hacia dónde te diriges, qué es lo que quieres lograr, cuáles son tus metas, proyectos o anhelos.

Pídele a Dios que se haga su voluntad en todo momento, no la tuya; que sea Él quien dirija tu vida. No permitas que nadie distraiga tu mirada y te haga caer. Si andas con Dios ningún problema te podrá hacer caer. Ten por seguro que Él te abrirá un camino donde piensas que no hay.

Tienes mucho que dar. No te quedes esperando que la montaña se quite sola. Lucha por llegar a la cima, Dios sabe lo que hay en tu corazón. Llénate de pensamientos de victoria. No mires los obstáculos como el fin. Son oportunidades para crecer, para llegar a otro nivel. Dios tiene grandes cosas preparadas para ti, y quiere derramar sobre ti un sinnúmero de bendiciones; pero muchas veces detenemos esas bendiciones o las rechazamos. Él realiza a diario milagros en nuestra vida.

¿Has pensado que el solo hecho de poder mover una mano, de poder levantarte, de hablar, de moverte aunque sea un poco, es una bendición, un privilegio que muchos no tienen? ¿Te has puesto a pensar cuántas personas en este preciso momento se encuentran en un hospital, sin esperanza? Mírate y dale gracias a Dios por lo que Él te ha dado, y dale gracias porque te tiene aquí con vida. Haz su voluntad y sigue adelante permitiéndole que guíe tu vida.

Un nuevo comienzo

Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.

1 Corintios 2:9

Dios quiere enseñarnos grandes cosas. No podemos imaginar lo que tiene preparado para cada uno. Él quiere bendecirnos en todos los aspectos de nuestra vida para que seamos de bendición.

Yo estaba aprendiendo muchas cosas. Después de siete años, Dios me tenía levantada. Por medio de la oración, Él restauró toda la afección, puso todo en su lugar, y pude dejar por completo el bastón y la silla de ruedas. Para mi familia fue impresionante volverme a ver levantada. Recuerdo ver a mis padres y a mi abuela llorando, dándole gracias a Dios por lo que estaban viendo.

Nunca olvidaré el día en que ya no tuve que depender de ningún apoyo. Si me permitieran cambiar algo de lo que ocurrió, no lo haría, porque esta situación dolorosa se convirtió en una gran bendición. Le dije al Señor que estaba dispuesta a ir a donde Él me enviara, que comenzaría otra etapa de mi vida.

Cuando estuve en el hospital y los médicos me daban sólo meses de vida, le decía al Señor en oración: “Padre, eres el único que puede levantarme. Aunque mi exterior esté mal, por dentro estoy de pie. Te prometo ir a donde me envíes.” Esto lo tenía en mi mente, y sabía que no me podía quedar callada.

Poco a poco fui haciendo las cosas que había dejado de hacer. Había esperado siete años el milagro de Dios en mi vida. Fue un nuevo comienzo, todo es diferente. Ahora veo las cosas desde otro punto de vista. Tengo un gran propósito.

Dios me permitió regresar a aquellos lugares que tanto me encantaba ir cuando niña y que dejé de visitar. Lugares que quedaron en mi recuerdo durante todos esos años. Siempre decía: “Algún día volveré a realizar todas esas cosas. No me voy a rendir; seguiré confiando en mi Dios.” Él me respondió.

El año 2006 fue diferente. No podía quedarme callada. Dios me permitió estar nuevamente de pie para servirle y ser de testimonio. Cuando los médicos me volvieron a ver, no lo podían creer. Lo único que les dije fue que Dios me había levantado. Muchos reconocían que definitivamente esto era un milagro.

Fui a visitar a una licenciada que me había dicho: “Dile a tu Dios que te levante porque nosotros no podemos realizar nada por ti.” En aquella oportunidad le respondí: “Así va a ser. Algún día vendré a verla caminando.” La fui a ver para dar testimonio.

Cuando llegué a su consultorio, toqué la puerta y entré. Al verme, se quedó sin palabras y me dijo:

–¿Eres tú, Nadhy? ¿Cómo fue esto? Ya han pasado años desde que te vi, y tú no estabas bien. ¿Cómo fue esto?

–Licenciada, Dios me levantó –le dije.

Ella comenzó a llorar, me dio un abrazo, y dijo:

–Recuerdo lo que me dijiste la última vez. Se hizo realidad. Tu Dios te levantó.

En otra oportunidad se me acercó un médico y me dijo:

–Joven, te me pareces a alguien. ¿Por casualidad conoces a Nadhy, o eres hermana gemela de ella? ¿Cómo está Nadhy?

–Doctor, soy Nadhy –le respondí.

–No puede ser. Te vi hace tiempo y estabas muy mal. Pensé que no te recuperarías. No puede ser. Eres otra. Cuéntame qué sucedió.

–Doctor, Dios me levantó. La única explicación es que fue un milagro.

Entre lágrimas me dijo:

–De ahora en adelante, cuando vaya a atender a alguien, le diré que tenga fe, que confíe en Dios. Esto es asombroso.

Dios me permitió contarles a muchos lo que Él hizo por mí. Tuve también la oportunidad de ir a Houston, Texas, con mis padres y pasar

un tiempo con la familia que nos había recibido antes. Pude regresar a aquella iglesia de *Lakewood* donde, en medio de una oración, Dios abrió mis manos. Allí di testimonio de lo que ocurrió en mi vida. Estuve también en varias iglesias diciéndoles que Dios me levantó. También fui a visitar a los médicos que me atendieron. Quedaron conmovidos, reconociendo que Dios me había levantado.

No puedo quedarme callada. Adondequiera que voy digo lo que Dios ha hecho en mí. No dejo de dar testimonio. Me ha tocado hablar frente a muchas personas, dar ánimo y decirles que hay esperanza.

Dios es quien dirige mi vida, y siempre quiero serle obediente. Nunca me callaré lo que Él hizo, y estoy dispuesta a ir donde Él me quiera enviar.

Querido lector:

He aprendido a confiar en nuestro Señor. Cristo es la fortaleza de mi vida, el único que me da la paz y el gozo para seguir adelante. Para mí es una preciosa realidad lo que dice el salmista:

“Claman los justos, y Jehová oye, y los libra de todas sus angustias. Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu. Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librárá Jehová” (Salmo 34:17-19).

Este salmo es una gran promesa. Dios promete librarnos de nuestras aflicciones. Recuerda, Él nunca llega tarde, su tiempo es perfecto. Dios utilizará tus adversidades para cumplir con sus grandes propósitos en tu vida, y no te dejará jamás.

Cuando triunfa la fe somos más que vencedores. En el transcurrir de los años me he visto en situaciones muy adversas, como no poder levantarme y caminar, y no poder mover un brazo. Sin embargo, gracias a esas situaciones aprendí a mirar más allá de las circunstancias.

Ten en cuenta que la voluntad de Dios tiene un papel muy importante en nuestra vida. Él es el capitán de nuestro barco, el que sabe a dónde podemos dirigirnos. Querido hermano y amigo, confía en Él y triunfarás. Si tienes una enfermedad, un hogar destrozado, fracaso en tus negocios, falta de amor, problemas espirituales, y te sientes desesperado, pon todo esto en las manos de Dios. Te aseguro que tendrás sanidad de tu mente y de tu alma. Dale una oportunidad a tu corazón, teniendo así una nueva esperanza, y nuevos sueños y metas.

La fe mueve montañas

Por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros.

Hebreos 11:33-34

La fe es la garantía de lo que se espera, la certeza y la convicción de lo que no se ve, pues tenemos un Dios grande, Creador del Universo, el Todopoderoso.

Tenemos que mirar con los ojos de la fe, empezar a ver lo imposible como posible, empezar a declarar las bendiciones, porque la Palabra dice si tenemos fe como un grano de mostaza, podemos decirle a un monte: “Pásate de aquí para allá”, y se pasará. ¡Nada nos será imposible!

Todos enfrentamos dificultades, y en ellas se fortalece nuestra fe. En medio de las pruebas aprendemos muchas cosas. Dios moldea nuestro carácter, nos refina y nos perfecciona para el propósito que Él tiene con nosotros. Son grandes oportunidades para crecer. Jesús no prometió que nuestra vida sería fácil. Medita en lo que dice Juan 16:33:

“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.”

En Santiago 1:3 se nos enseña que la prueba de nuestra fe produce paciencia. Dios permite las pruebas para consolidar nuestra fe, para producir consistencia en nuestro carácter, para quitar de en medio

todo aquello que nos estorba. Toda prueba tiene un propósito, produce madurez. *“Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna”* (Santiago 1:4).

Somos imperfectos, pero Dios quiere convertir nuestras imperfecciones en grandes victorias, quiere moldearnos y utilizarnos, porque somos importantes para Él.

Cuando reconocemos que tenemos debilidades o impedimentos, debemos de aceptar los retos. Ser estudiante de medicina es para mí un reto, pero el más grande y más importante es alcanzar almas para Cristo.

Siempre he mantenido una actitud de confianza, a pesar de mis debilidades y dificultades como ser humano. Me he fortalecido en el Señor, reconociendo lo que dice en su Palabra:

“Muéstrame, oh Jehová, tus caminos; enséñame tus sendas. Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día” (Salmo 25:4-5).

Amigo, descansa en Dios. Te aseguro, por experiencia, que cuando empieces a ayudar a tu prójimo a través de las pruebas que estás pasando, te vas a sentir mejor, dándole siempre la honra y la gloria al Señor.

Siempre trato de transmitir a mis vecinos, amigos, hermanos del ministerio, compañeros de la universidad, y a cada persona que el Señor pone en mi camino, que Dios no me ha abandonado. Y no dejo de darles testimonio del amor de Dios para conmigo.

Toda la gloria es para Él; he visto muchas vidas cambiadas. Pregúntate a quién puedes ayudar de ahora en adelante. Haz tu propio plan y ten un propósito. Empieza a ser de bendición a otros. Todos tenemos oportunidades en nuestra vida. Muchas veces nos encerramos ante los problemas y no aplicamos lo que vivimos para crecimiento de otros.

El secreto para ganar las batallas y tener gozo en nuestro corazón es recibir a Jesucristo como Señor y Salvador. Permíteme decirte los pasos necesarios para esta gran decisión. El Señor ha sido la clave de mi vida, Él es mi capitán. Quiero que tú también puedas experimentar la paz y el gozo que Él da.

- **Reconoce que eres pecador.**

“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

- **Acepta a Jesucristo como tu Salvador.**

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).

“El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18).

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

- **Confieza a Jesucristo como tu Señor.**

“Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:9).

“Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10:28).

La Palabra de Dios se mantiene firme hoy, mañana y por siempre. La Biblia es toda verdad. Aceptar a Jesús como Señor y Salvador de nuestra vida es lo más seguro que podemos hacer, es una decisión muy personal. Te invito a que hagas esta oración:

“Señor Jesús, reconozco que soy pecador. Merezco el infierno, pero tú moriste en la Cruz por mí. Estoy arrepentido de mis pecados. Te pido que entres en mi corazón; te reconozco como Señor y Salvador de mi vida. Gracias por darme vida eterna.”

En este momento las puertas del cielo están abiertas para ti. Si hiciste esta oración, eres vencedor. Recuerda que en todo momento el Señor está a tu lado. Testifica a los demás de tu nueva vida en Cristo.

Si estás pasando por pruebas, no dejes que te impidan progresar. Persiste siempre en oración para que Dios te dé fortaleza, y sé ese amigo

que anima al caído, al que te necesita. Atrévete a trabajar para Cristo; inténtalo y verás el gozo que he experimentado.

Pasa obstáculo tras obstáculo, fortaleciendo no sólo tu vida, sino también la de tu familia y la de todos los que te rodean. Lee la Biblia cada día; ella penetrará en lo más profundo de tu mente y de tu corazón. Este mundo mira solamente lo material y lo mundano. ¡Atrévete a ser diferente!

Te invito a formar parte de la familia cristiana. Reúnete con hermanos en Cristo para que juntos adoren a nuestro Dios y tengan compañerismo cristiano. Mantén comunión diaria con Dios mediante la oración. Te exhorto a que las luchas diarias no sean obstáculos, sino un puente para que otros reconozcan las grandes cosas que el Señor puede hacer con nuestra vida.

Cumplamos con nuestro Señor Jesucristo. Aquí nos preparamos para algún día verle cara a cara en la eternidad. Estamos de paso, somos peregrinos y extranjeros. Si nos aferramos a este mundo, no cumpliremos el propósito de Dios. Sé obediente, no dejes que una adversidad por la que pases te ciegue y te impida servir al Señor y a tu prójimo. Pon tu mirada en la meta de agradar al Señor en todo, y un día recibirás tu recompensa.

Querido lector:

Doy gracias al Señor por permitirme comunicarte mis experiencias de cómo una prueba se convierte en bendición. Hoy Dios me tiene levantada. Fueron muchos los lugares a donde fui a buscar ayuda de médicos y terapeutas. Muchas veces sin encontrar una respuesta, ni mejoría. Tuve muchos desánimos, lloré muchas veces; pero encontré mi respuesta en Cristo, quien es el mismo ayer, hoy, y siempre, especialista en lo imposible. Comprobé que la fe en Él mueve montañas. Él me levantó, y la honra y la gloria es para Él.

Si te encuentras hoy con algún impedimento físico, quiero decirte que eres especial. Dios cuida de ti y puede hacer un milagro en tu vida; no hay nada imposible para Él. No importa lo que te puedan decir los demás, vales mucho y hay grandes cosas para ti. Es normal que en momentos de pruebas te sientas sin fuerzas, o muchas veces podrás preguntarte dónde está Dios, porque hay un silencio que no logras comprender, y piensas que estás solo. No estás solo, Dios te lleva en sus brazos.

Amigo, pídele a Dios que ponga en tu camino personas que sean de apoyo y fortaleza para ti, que quieran luchar contigo. Aléjate de aquellos que te desaniman. Te aseguro que cuando empieces a andar cada día por fe, confiando en que tu montaña se moverá, verás grandes cambios tanto en tu persona como a tu alrededor.

Dios quiere enseñarte grandes cosas. Los planes que tiene para ti son los mejores. No dejes de soñar en grande. A veces es necesario atravesar por tiempos de pruebas para que nos demos cuenta de muchas cosas. Dios es fiel. Demuéstrale al mundo que eres un ganador porque Dios está contigo. Proclama por fe las palabras del apóstol Pablo: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (Filipenses 4:13).

Testimonios

Testimonio de la madre de Nadhy

Mi nombre es Lastenia Arjona de Dunkley, arquitecta de profesión, madre de dos hijas: Amuy y Nadhy. ¡Qué bendición para mí que el Señor me haya regalado estas dos hijas! Desde su infancia fueron unas hermanas apegadas y cariñosas, con distintos caracteres y actitudes. Amuy, como se llama mi primera hija, era soñadora, le gustaba el ballet, ser maestra de Escuela Dominical, mientras Nadhy era vivaz, encantadora, le gustaba el deporte. Nuestra familia es muy feliz a pesar de las circunstancias, con un padre y esposo amoroso, respetuoso, y temeroso de Dios.

Pasaron los años y disfrutamos llevándolas al colegio y participando en todos los actos del mismo. Nadhy era extrovertida y dinámica. No esperábamos que a los catorce años comenzara a tener serios problemas de salud. Como familia, nos uníamos más en oración por todo lo que estaba sucediendo. Para mí, como madre, fue una conmoción muy fuerte, ya que desde hacía doce años yo sabía lo que era estar en una silla de ruedas, por una afección de la columna; y sufría al saber que mi hija estaba sufriendo. Los médicos no encontraban la causa. Era algo desconocido para ellos.

Me preguntaba: “Dios mío, ¿ahora qué más?” Cuando Nadhy entraba en una ambulancia para ir al hospital, me quedaba indefensa e inmóvil, sólo con mi Señor Jesucristo que me fortalecía. Muchas veces me cubría en llanto, pero me cobijaba en el conocimiento de que el Señor estaba con mi familia.

La abuela Urania dio todo su tiempo y amor para con ella, pero en medio de todo lo que nuestra familia vivía, veíamos el amor de Dios para con nosotros. Nuestra familia empezó a depender de Él. Nuestra economía ya no podía más. Sin embargo, el Señor nos sostenía. Cuando llegaron los quince años de Nadhy, y veía su situación, el Señor sabía lo

que más anhelaba en lo profundo de mi corazón, y era verla levantada y que su testimonio fuera de bendición a otros.

Querido amigo, no desmayes. El Señor es fiel en todo momento. La oración y la fe mueven montañas. No esperes un milagro para después servirle. Actúa en medio de la prueba y da testimonio de la grandeza que Él hace en tu vida. Hoy, nuestra familia sirve en el ministerio Libertad en Cristo, que nació en nuestro hogar con veintiocho personas. Allí celebrábamos los cultos mientras Nadhy se encontraba en una cama sin esperanza de recuperación. Pero, confiando en el Señor, nos mudamos a una galera de nuestra propiedad para seguir con este ministerio y así dar a conocer el evangelio a la comunidad, dando siempre testimonio y ganando almas para Cristo.

En la actualidad nuestra hija mayor es misionera en Guatemala, casada con el pastor Mario Monroy, y tienen una hija, Katherina, de cuatro años. Mi esposo, Marco Dunkley, es pastor del ministerio Libertad en Cristo, y el Señor cumplió los deseos de mi corazón al ver a mi hija Nadhy levantada y dando testimonio de lo que el Señor ha hecho por ella. ¡La honra y la gloria son para Él!

Testimonio del padre de Nadhy

A veces consideramos que ya todo se ha superado, y que se han alcanzado las metas y las ilusiones. Sin embargo, la vida en muchas ocasiones nos brinda un panorama que no queremos para nosotros. Nos decimos: “Es imposible que esto me ocurra.”

Recibí al Señor Jesucristo como mi Señor y Salvador personal hace veintisiete años. Actualmente tengo cincuenta y cinco años. Me casé con Lastenia y tuvimos dos hijas: Amuy y Nadhy. Al pasar los meses, después de nacer Nadhy, mi esposa quedó en una silla de ruedas, y fue sometida a varias operaciones de la columna. A pesar de su incapacidad, emprendimos varias empresas exitosas durante catorce años con arduo trabajo.

Aceptando a mi esposa con esas condiciones, alcanzamos éxitos como comerciantes y profesionales. Sin embargo, nunca imaginé que, al pasar los años, mi hija Nadhy, la menor, tuviera un problema de salud que la llevaría a una silla de ruedas. Imagine lo que es llevar a todos lados dos sillas de ruedas, y subirlas y bajarlas del auto. En una ocasión conté treinta

y cuatro veces en un día. Yo me decía: “Esto no puede estar pasándome a mí.” Comencé a buscar ayuda médica para mi hija, sin solución alguna.

Asistía a mi iglesia, oraba y clamaba; pero siempre miraba a mis posibilidades. Trataba de buscar respuesta en otras partes, usando mi dinero, gastando en citas médicas, una tras otra.

Nadhy empezó a empeorar rápidamente y los médicos no me daban una respuesta o diagnóstico preciso. Un día miré sus manos cerradas con tal presión que le afectaba la circulación. Oí un comentario de que quizás habría que amputarle las manos. Me desesperé aun más. Al llevarla a Houston, Texas, la respuesta que recibí no fue alentadora, ya que el médico dijo: “No tengo nada para ustedes.” Después Nadhy entró en un estado de coma. En ese momento me desplomé, arrodillado, y le dije a Dios: “Padre, ni el dinero que tengo, ni este hospital, ni estos médicos, pueden ayudar a mi hija. Señor, me diste a Nadhy. Ahora te la entrego. No puedo más. Me rindo, tómala.” Al rato salió el médico y me dijo: “No tuve que hacerle traqueotomía. Pude entubarla y está estable.”

Mi hija abrió las manos en medio de una oración en la iglesia de *Lakewood*. Comencé a llorar. Sentí que Dios me decía: “Estoy contigo.” Me sentía rendido y confiado en que las cosas mejorarían.

Pude aprender mucho de mi hija al ver su fe, sus ganas de seguir adelante, y su confianza en que el Señor la restauraría. Hoy, al ver a mi hija levantada dando testimonio para la honra y gloria de su nombre, puedo darme cuenta de que Dios es fiel, ya que esta prueba se convirtió en una bendición para mi familia, y muchas vidas han sido transformadas. Mi vida cambió totalmente. Por eso le sirvo con una perspectiva diferente. Lo siento vivo en mí y lo transmito a todo el que lo quiere escuchar.

Le doy gracias a Dios, a mi hija Amuy que me apoyó, a mi esposa, y a los hermanos y familiares que han estado presentes siempre.

Quizá no sea el comerciante y profesional con más éxito; pero considero que lo que hago hoy me llena de paz, gozo constante, y amor a pesar de todo lo experimentado. Le doy gracias a Dios por todas las pruebas porque fueron de enseñanza y de preparación. No soy el mismo de antes, y le sirvo con todo mi corazón junto con mi familia. Él nos dio la victoria, ya que Cristo es la respuesta y la solución a todos los problemas. Actualmente soy el pastor del ministerio Libertad en Cristo.

Marco Dunkley

Testimonio de Maryorie Michelle Madrid

A la edad de nueve años llegué por primera vez a la casa de la familia Dunkley. Me habían invitado para participar en una escuela bíblica con jóvenes y niños del barrio. Entusiasmé a mi madre para que asistiera, al igual que a los cultos que se celebraban en su hogar. Lo veía como algo nuevo para mí. Sin embargo, a mi corta edad, no pensaba que iba a influir tanto en mí el ver a aquella jovencita de rostro agradable; pero que en el fondo de sus ojos había sufrimiento. No movía ni las piernas ni las manos, no podía hablar y mucho menos sostenerse. Esto era muy conmovedor para mí. Quedé muda y me fui a casa. Me hice muchas preguntas: “Dios, ¿que pasó?” Recordaba sus piernas viradas y sin moverse. Volví al día siguiente. Sentía curiosidad.

A pesar de lo que vivía esa familia, yo encontraba paz y tranquilidad. Y así transcurrieron semanas, meses y años. Salía del colegio y me quedaba en su casa, hablándole a Nadhy sobre lo que yo hacía. Mis travesuras y locuras eran parte de lo que podía brindar. Sentía mucho cariño por ella, y le pedía al Señor que me dijera cómo podía ayudarle. Sin embargo, ya ella me estaba enseñando a fortalecerme de gran manera. La situación de ella me llevó a los pies de Cristo, y ver paso a paso la recuperación de Nadhy fue un gran testimonio para mi familia, mis amigos, y los demás. Doy gracias al Señor que a través de esta circunstancia conocí el amor al prójimo. Hoy día estoy al servicio de Él y de cualquier persona que lo necesite.

Una estudiante sin igual

Conocí a Nadhy en 1996, cuando ella cursaba séptimo grado. Yo le dictaba la cátedra de Historia de Panamá. Era una joven estudiosa, aunque no tanto como su hermana; sin embargo, se esmeraba con sus tareas. No tenía nada de diferente. Era como todos los demás estudiantes.

En 1998 todo cambió. Nadhy comenzó a sufrir de una dolencia en la rodilla. Le resultaba difícil flexionarla. Iba al colegio en muletas y recuerdo que la enyesaban constantemente. A pesar de su situación, Nadhy nunca dejó de hablarme de lo que Dios tenía para mí. Recuerdo un día que llegó en la silla de ruedas al aula y me dijo que tenía un mensaje de Dios para mí. Lo que me dijo me conmovió, ya que ella no podía conocer lo que yo estaba viviendo, y lo que me dijo era tan real que, al llegar a mi casa, sólo pensaba en lo que me había dicho Dios por medio de ella. Ese mismo año acepté a Cristo como mi Salvador, y desde entonces sigo en el camino de Dios.

Soy testigo de cómo poco a poco su salud se fue deteriorando, hasta el punto de que ya no podía asistir al colegio. Y allí en su cama era de bendición para muchas personas, ya que era sorprendente su fe en Jesucristo. Se le dictaban las clases en su hogar. No fue fácil. Sin embargo, la mayoría de los profesores acordamos ir a su casa para que se mantuviera al día en sus estudios. Era como si una fuerza nos moviera a visitar a Nadhy. Teníamos un horario de visitas, y cuando regresábamos al colegio los profesores, hablábamos acerca de la experiencia con Nadhy, de su fe y de su fortaleza. Era como si ella nos inyectara de energía y esperanza.

Ella memorizaba la mayoría de mis clases, ya que no podía escribir. Yo podía observar cómo ella realizaba sus tareas académicas y siempre tenía

tiempo para alentarme con la Palabra de Dios. También me conmovió la fortaleza de su padre, Marco Dunkley, de cómo sobrellevar la situación en su hogar, y nunca lo oí renegar o quejarse, o preguntarle a Dios el por qué de la situación. Su esposa en silla de ruedas, su negocio en quiebra, su pequeña hija postrada en una cama, los médicos sin un diagnóstico acertado de la enfermedad de Nadhy. Dios lo dotó de una gran fortaleza, y podíamos palpar su gran amor a Dios y a su familia.

También recuerdo que su hija Amuy tenía una determinación para manejar la situación de su hogar. Nunca descuidó sus estudios. Era una estudiante del cuadro de honor. y siempre la veía apoyando a sus padres y a su hermana. Y la señora Lastenia, a pesar de estar en una silla de ruedas, se refugiaba en las promesas de Dios y era de gran apoyo para su esposo y sus hijas. En el nombre de Dios son una familia especial.

Cuando yo le hablaba a mi esposo de la familia Dunkley, él no lo podía creer y me decía: “Si yo estuviera en el lugar de Marco, estaría loco.” No comprendíamos que sólo Dios era capaz de usar a toda una familia para que le fuera testigo de su poder, y de cómo estaba dotado cada uno de una gran fortaleza ante la situación que experimentaban. Mi esposo, gracias a Nadhy y a su familia, aceptó al Señor y hoy sirve a Dios.

He apreciado cómo obró el poder de Dios en Nadhy, cómo le dio sanidad física y la restauró para la honra y gloria de Dios. Los milagros que Dios realizó en la familia de Nadhy fueron grandes, y a la vez fue de bendición para otros hogares, en especial para la mía.

Cuando tengo la oportunidad, doy testimonio a otros jóvenes, de cómo una adolescente con fe en Dios pudo vencer toda dificultad y guardar su corazón para Dios. De cómo una adolescente no se amargó por su situación. Nunca tuvo lástima de sí misma, sino que más bien llevó a los pies de Jesucristo a su profesora de Ciencias Sociales, a sus compañeros de estudios y a muchas personas más. Les cuento de cómo desafió, en el nombre de Dios, a médicos, enfermeras y terapeutas, y de cómo fue testimonio del poder de Dios.

Hoy me es grato saber que Nadhy está estudiando medicina, ya que sé que no sólo sanará el cuerpo sino que, con el poder de Dios, ayudará a sanar el espíritu de sus pacientes y a llevarlos a los pies de Dios.

Alba Lía Carrillo de Flores
Profesora de Ciencias Sociales
La Chorrera, 12 de febrero de 2008

Palabras finales

Por medio de mi amigo y compañero de trabajo de años pasados, Luis Bernal Lumpuy, llegó a mis manos el manuscrito de este libro. Sin pensar en el trabajo que implicaría, ofrecí mis servicios para hacer una corrección final del texto y también la diagramación. Luego he buscado la manera de publicar este testimonio.

Durante los meses que me he ocupado en la preparación del libro he llegado a conocer a Nadhy y a amarla como a una hija. No nos hemos visto en persona pero hemos tenido amplio contacto mediante correos electrónicos y llamadas telefónicas.

Mi hija mayor, Eva-Marie, y yo soñamos con escribir un libro acerca de los milagros de Dios en su vida. Debido a las obligaciones de mi hogar, del trabajo, y de atenderla a ella que padecía de fibrosis cística, nunca llegó a concretarse ese deseo. A fines del año 2001 el Señor se la llevó a su presencia. Al publicar este libro es como si se cumpliera parte de ese sueño. Nadhy y Evita hubieran sido grandes amigas.

Durante los meses de trabajo en este libro he pasado por tratamientos de radiación y quimioterapia para erradicar un cáncer que invadió mi cuerpo. Tal como Nadhy cuenta en su testimonio, yo mantuve firme mi fe en que Dios me restablecería. Nació en mí un profundo deseo de contar a la siguiente generación las maravillas de mi grande y poderoso Dios. Me sostuvieron y consolaron las palabras del salmista: *“No moriré, sino que viviré, y contaré las obras de JAH”* (Salmo 118:17). Junto con Nadhy doy testimonio del poder milagroso de nuestro Dios.

Agradezco al Señor por el privilegio de colaborar con Nadhy en la publicación de su testimonio. Espero que la fe y confianza en Dios de esta valiente joven inspire a muchos jóvenes a servir al Señor de todo corazón. ¡No hay nada mejor!

Kerstin Anderas-Lundquist

Acerca de la autora

Nadhy Sumaly Dunkley Arjona nació el 19 de diciembre de 1983 en la Ciudad de Panamá. Descubre con sus experiencias vividas, que nuestra vida puede cambiar, triunfando en una verdadera fe en Cristo. El hecho de haber pasado por muchas etapas en su vida, la hacen cada día más fuerte.

Cursó estudios primarios y secundarios en el Instituto Episcopal de La Chorrera, Panamá. A sus catorce años queda con un movimiento involuntario e ininterrumpido de 120 veces por minuto; sus manos se vieron afectadas. Tres años y medio inmóvil del cuello para abajo, ocho meses postrada en cama.

Pero su sonrisa y confianza en el Señor la mantuvieron. Recibió atención de médicos en Houston, Texas (Hospital Metodista) y en su país. Evidenció fuerza, valor, fe, confianza y obediencia. Recibe un milagro de parte del Señor, recuperándose lentamente. En todas sus etapas daba testimonio de la grandeza y la gloria del Señor.

Al pasar los años ha podido regresar al Hospital Metodista en Houston, Texas. Visitó la iglesia *Lakewood*, cuyo pastor es Joel Osteen, y donde en medio de una oración, se abrieron sus manos, así como algunas iglesias bautistas, dando testimonio de lo que Dios hizo en su vida. Lo ha hecho también en Puerto Rico, donde pudo ser de bendición a la familia del pastor Jimmy Vargas y otras iglesias, además de iglesias en su país.

Es considerada una joven de mucha fe, y en la actualidad cursa estudios de medicina en la Universidad Latina de Panamá.